

Sobre la experiencia de escritura

Artículo recibido el 29 de mayo de 2013 y aceptado el 7 de noviembre de 2013

LUIS FERNANDO PUENTES

UNIVERSIDAD DE CUNDINAMARCA

Estudiante del programa de Licenciatura en educación básica con énfasis en Humanidades: Lengua Castellana e Inglés de la Universidad de Cundinamarca. Correo electrónico: ulquiogramus@hotmail.com

En la escritura siempre existirán diversos factores normativos, que encierran todas las maneras de plasmar ideas en un papel de manera lógica y coherente. Básicamente, los tipos de estructuración que se mantienen convencionalmente vigentes funcionan como una herramienta que permite establecer una conexión entre emisor y receptor. En esencia, este tipo de soportes, sumado al simple hecho de poder transmitir por medio de caracteres convencionalmente aceptados, podría indicar a simple vista, la facilidad con la que cada individuo debería entender por medio del contexto escrito, pero la realidad se encarga de mostrar oposición a lo que debería suceder. La reflexión de esta oposición constituye la premisa que guía mi texto: la dificultad para hacer un buen uso en las habilidades escritas, cuando un individuo es capaz de transmitir información de una manera consciente y con el soporte de los elementos previamente mencionados.

Al reflexionar sobre los problemas que competen, veo la necesidad de hacer relucir el término que se toma como referente. Tras una breve búsqueda encuentro las palabras del fallecido poeta inglés Lord Byron: “se escribe para vaciar la mente, de lo contrario me podría volver loco”. Posteriormente, mis ojos logran posar su atención en otra pequeña frase, la cual curiosamente resulta como elemento necesario para dar una pequeña complementación hacia el término, el cual no sonaba muy claro en mi mente cuando lo quería expresar, fue entonces cuando Franz Kafka apareció para enseñarme que la escritura “es la soledad absoluta, descender al frío entorno de uno mismo”. En aquel momento supe que la intención de escribir se da por un proceso de

retrospección, por medio del cual el autor intenta explorar los contenidos almacenados en su mente, para dar lugar a un proceso de transformación de lo individual a lo social, con el fin de ser leído. Las hipótesis que mantenía a en mi cabeza, como las palabras que encontraba mediante la búsqueda, resultaban concluyentes al querer plantearme la pregunta base: ¿por qué es difícil escribir correctamente?

En mi proceso educativo he logrado hacer varias reflexiones sobre el asunto, hipócritamente escribo este texto sin saber si realmente estoy a la altura adecuada para inferir, o al menos reconocer que tengo un nivel de escritura óptimo. Sin embargo, la certeza de poder esclarecer aun más el tópico en cuestión, parece llegar a mí en el momento de realizar la escritura.

Siguiendo el consejo de Franz Kafka, me preparo para adentrarme en un solitario viaje a mi sistema límbico, con el motivo de recordar todas las ideas que el camino tenga que ilustrar para mí, sin tiempo que perder emprendo mi rumbo. Inesperada llega a mí la primera representación.

En el umbral del sistema límbico, veo un sujeto con el cual siento la necesidad de cruzar palabra. En el transcurso de la conversación, percibo la informalidad que caracteriza aquel diálogo, entonces, distingo que aquella informalidad es un ítem que no es tomado en cuenta al momento de redactar escritos, lo cual obviamente resultaría poco conveniente en la escritura. Además, mientras repensaba la situación, me di cuenta que expresar las ideas de aquella forma desordenada, hace que se presenten los malentendidos, y las ideas globales de los temas que se toman en cuestión se desbordan más y más,

hasta dar cuenta que el final de la conversación es algo totalmente distinto a lo que se quería charlar desde un principio. Finalmente descubro que aquella figura no era una persona, sino un espejo, noto la locura que representa y la necesidad de demostrar que no tengo nada que envidiarle a un vagabundo, pero al menos siento que parte de mis pensamientos han sido vaciados (punto para Byron).

Dejando atrás la locura, me encuentro de momento inmerso en el camino del sistema límbico, el cual de repente, adopta forma de laberinto, que sumado a su contextura gruesa y su característico espesor, me transmite esa sensación de soledad de nuevo. Sentí miedo, pues ese tipo de caminos no está conformado por árboles o hermosos animales que adornen su transcurso, simplemente es desconocido para mí, fue así como otra idea surgió a partir de esa situación que me acongojaba, pensé - ¿Cómo no pude verlo antes?-, pues es común reconocer que cualquier ser humano siempre reacciona distinto a lo desconocido, y este aspecto no podría hacer mas alusión a la escritura. Resulta obvio que la escritura es un paraje por el cual no muchos transitan, así que el temor que puede resultar de lo no explorado, da idea del problema que quería averiguar.

Traté de distraerme recordando aquella extraña conversación con el espejo, pero realmente servía para nada, simplemente seguía solo, pues la manera en la que me expresaba oralmente, no servía de alguna forma como guía en el camino al desarrollo de las habilidades escritas. Por tanto, no podría ser el mapa que señalaría el camino para atravesar el recóndito camino.

Después de unos cientos de pasos por aquel trayecto tan sombrío, noté que el camino cambiaba de nuevo, su aspecto se reflejaba menos desagradable, aprovechando eso, decidí darme un merecido descanso, así que opté por acostarme en medio de éste. No encontraba una posición cómoda, di vueltas y vueltas para encontrar la posición adecuada, un poco enfadado me vi boca arriba, y en aquel

punto del trayecto, flotaba justamente la amígdala cerebral, de repente, lo primero que me vino a la cabeza, fue pensar en la evolución que había alcanzado el camino, así como el sistema que maneja la amígdala cerebral (el mando de las emociones según los recuerdos). Inmediatamente asocio todo al cambio evolutivo de las vías de comunicación, más la manera como hemos perdido el enlace para expresar, debido al apego material. Creo fuertemente que presentamos síntomas de devolución, síntomas que evidencian los errores que ostentamos para registrar por medio de lo escrito con un sentido humano, en otras palabras, ya no podemos utilizar el lenguaje escrito como tesoro cultural, debido a nuestra falencia para hacernos entender, así como para desarrollar habilidades narrativas. En consecuencia se acabaran las personas que logren apasionar al buen lector, así como esa habilidad, para involucrarse en la lectura cuando se dispone a abstraer lo registrado por el autor.

Cabe destacar, que la lectura y la escritura informal (aquella que se practica en nuestro diario vivir: internet, chat, o demás lecturas o escritos), no corresponden al carácter más relevante del ejercicio de escritura y lectura en el ámbito académico, por este motivo, el uso de estas dos difiere y se frustra cuando se debe transformar un texto de lo informal a lo formal.

Seguía arrojado en el camino, hacía esfuerzos enormes para hallar una respuesta, mi cabeza daba vueltas. Finalmente logre dar cuenta de un aspecto que me hubiese ayudado a desechar ciertas hipótesis, me pregunte si en realidad, aquel tipo de escritura informal practicada a diario en cualquier lugar era presa de las emociones. Seguido a ese pensamiento, sentí la necesidad de esclarecer el asunto, traté de separar las habilidades requeridas para escribir con ayuda de la parte emocional y para escribir en la academia. En ese preciso momento, encontré que escribir en la academia es un ejercicio de mayor complejidad, debido a que su implementación,

demanda que el escritor haga uso de las normas, un buen conocimiento de gramática, así como cúmulos de información válida para plasmar las ideas de forma coherente y significativa. La cantidad y la calidad de lo que una persona escribe puede llegar a describir precisamente lo que piensa, como también puede dar nociones de la aptitud de sus procesos creativos, como se expresa, la capacidad para fantasear, ordenar, ser original, elocuente y la genialidad en cierto grado, en otras palabras, escribir bajo estas condiciones implica abrir el alma, exponerse tal y como es hacia otra persona que está interesada en analizar lo más profundo del pensamiento del autor y así, hacer parte de éste.

Analizando todos esos factores es fácil recalcar lo difícil de la escritura y lo que le distingue en comparación con la capacidad para redactar desde lo emocional. Distintos elementos hacen que transiten por caminos diferentes de experimentación. La confianza, la expresividad y la emotividad caracterizan la escritura desde lo cotidiano, por lo cual se practica con las personas más cercanas a nosotros. Es así que se considera el uso de expresiones idiomáticas, así como diminutivos y demás formas de ideas que son recicladas constantemente, muletillas, modismos, un uso léxico limitado, entre otras cosas, que perjudican el verdadero arte de la escritura, a partir de la forma en la que cotidianamente nos expresamos.

De nuevo me concentré en la amígdala cerebral, me di cuenta de su majestuoso poder, de cómo su proceso de acción, así como su evolución a través de los años de la existencia del ser pensante, nos han convertido en organismos precedidos de emociones, y como cada aspecto se ve reflejado en cada acción que tomamos en la cotidianidad, desde lo que pensamos, hasta lo que escribimos y ejecutamos. Sin duda tenía que tomar conciencia de lo que había aprendido en ese momento, y distinguir que cuando realizo una acción en la escritura, debo separar el plano emocional del racional con el fin de no cometer los mismos errores que antes precisé. Supongo que el hecho de ser capaz de separar correctamente las aptitudes emocionales de las lógicas, ayuda a lograr que la parte sentimental

se convierta posteriormente en la musa de la parte racional. Después de todo, somos humanos y siempre estamos sintiendo.

El simple hecho de pensar en la inspiración, me animó a seguir adelante, la necesidad de encontrar una respuesta fue el estímulo que daba un soplo lleno de energía a mis oídos, haciendo que estos mismos retumbaran a la sazón de escuchar una respuesta final, y poder encontrar soluciones prontas, así como la salida.

Continué mi camino, empecé a sentirme muy confundido, el trayecto se tornaba ovalado y parecía que se repitiese metro a metro en su recorrido. Literalmente me sentía divagando, ya que no tenía un punto fijo al cual ir, estaba a la deriva y lo único que tenía, era la esperanza de que alguien o algo me guiara hacia lo que buscaba. Momentos después me sentí totalmente perdido, realmente empecé a comprender que nadie vendría a ayudarme, que cuando se emprende un viaje nunca debe ser algo inesperado, en realidad debe ser preparado. Esa noción, dio respuesta a una de las problemáticas de la escritura, pues es necesario en aquel que escribe, tener objetivos claros, que sean de soporte para desarrollar una idea y de esa manera lograr evitar la redundancia, llevada a cabo por medio de las ideas vagas que frustran el paraje, haciéndole sentir perdido y sin rumbo. Dada la reflexión de momento me enfoqué en mi cometido, y casi por arte de magia el camino por sí solo me devolvió la confianza y me mostró la siguiente parada, la glándula pituitaria.

Al encontrarme exactamente frente a ella sentí la necesidad de palparla, así que introduje mi mano en la viscosa glándula, la cual para mi sorpresa tenía una textura gelatinosa, acompañada de un agradable aroma, realmente resultó reconfortante haber realizado aquella acción. A medida que movía mi mano en la glándula, ésta se iba tornando más sólida, y tan pronto mis ojos distraídos captaron no muy lejos el hipotálamo, un núcleo sólido se activo en la glándula, y debido a su función (agente regulador de los procesos biológicos del organismo), empezó a segregar hormonas, cada vez más rápido, hasta llegar al punto

de verme envuelto en una capa maciza de aquella sustancia. Al sentirme embadurnado tuve la necesidad de ir al hipotálamo en busca de algo que me ayudara a limpiarme, sólo bastaron unos cuantos pasos, para que se activara una especie de visión en mí, que me llevaría a un pequeño viaje hacia el pasado.

Aquella visión era un poco nubosa, pero mientras más se asentaban las hormonas en mi piel, más se esclarecía, entonces una imagen del pequeño yo aparecía lentamente, estaba sentado en un pupitre, en aquel salón de viejas glorias de aquel colegio. Delante de aquel chico había una hoja sumada a unos ojos de frustración, claramente se entendía lo que estaba pasando, añadido a la situación, estaba el maestro unos metros más adelante, callado, esperando, mirando fijamente, parecía inamovible. Ante aquel cuadro me pregunté, quién podría ser el personaje principal de tal escena, primeramente tomé en cuenta a mi infante, pues era quien tenía el mando, es decir, la responsabilidad de plasmar sus ideas en el papel. Sin embargo, lo único que se hallaba plasmado eran los extremos de su boca hacia su mentón, estaba triste, aun así el lapicero era el que apuntaba hacia él. No obstante, al echar un vistazo al otro lado de la escena, pensé en el maestro, de repente me pareció absurdo que no se apiadara de aquel niño, dándole al menos una señal o algún soporte para que aquella hoja dejara de estar en blanco. Simplemente quería que él fuera la glándula pituitaria de mi joven yo, pero tras un minuto de silencio reflexionando la situación, llegué a la conclusión de que siempre estamos esperando a que alguien más solucione lo que pretendemos hacer nosotros, en este caso, concibiendo la escritura como el arte de encasillar lo pensado, resulta absurdo.

Considerando la dificultad del proceso que desenvuelve el arte de la escritura, no estaría de más que la glándula pituitaria que caracteriza el deber del maestro, sintiera la necesidad más a menudo de estimular el ejercicio, dando como resultado un mayor apego a la actividad, regulando las situaciones en las que es necesario hacer asesoría y los momentos debidos para lanzar al estudiante a aquel

abismo que reside en su mente que le vuelve un loco soñador, solitario

Terminada la fantasía del recuerdo todo se torno oscuro, sentía que recobraba el aliento, me pareció extraño que empezara a toser y a recuperar la respiración lentamente, estaba totalmente empapado, pero esta vez no se sentía el espesor de la sustancia. Era algo mucho más ligero. Al abrir los ojos me encontré en un lugar completamente distinto, se sentía muy cálido, era muy limpio, desplegaba una brisa muy suave y arrolladora. Sentía que quería dormir en cualquier rincón del lugar, además tenía un hermoso lago que brillaba al son de un destello en la parte más alta del cielo cerebral. Examinando muy bien cada detalle concluí que estaba en otro sitio, pero quede pasmado cuando percaté la ubicación de la glándula pituitaria y el hipotálamo detrás de mí. En aquel momento me percaté que el camino que se transita para llegar a la escritura era igual que ese nuevo sendero, pues el hecho de haberlo frecuentado, había cambiado mi perspectiva totalmente y se había transformado en una panacea, para el predicamento que me acongojaba al tener tantas dudas incrustadas.

Al curar al menos la mayoría de las incógnitas reconocí el camino a la salida. No muy lejos de allí estaba el lóbulo frontal, por el cual daría conclusión a mi recorrido, así que con una gigante U dibujada debajo de mi nariz fui siguiendo el sendero final. Reflexionando acerca de lo que había aprendido, concluí que entender y comunicar a través de la escritura se asemejaba mucho a mi vivencia a través del paraje, pues no es algo que se aclare de un momento para otro. Se necesita experiencia y un arduo trabajo para ir solventado cada vez más y más las ideas que se planean postular. Así es posible cambiar las concepciones que se suelen generar de las cosas en el principio y desarrollar agrado por escribir.

§